

SÁNCHEZ TAMAME, Francisco J. *Memorias de mi vida*. Edición a cargo de Juan Andrés Blanco Rodríguez, Rubén Sánchez Domínguez y Arsenio Dacosta, Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa / UNED, Zamora, 2016, pp. 166.

Esta publicación forma parte de una obra editorial de largo aliento emprendida por el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa de la UNED de Zamora que cuenta con otros nueve volúmenes donde se reúnen numerosos trabajos sobre la emigración de esta zona de España y los múltiples vínculos a que dio lugar. Tal cometido se cumple aquí con la edición de las memorias de Francisco J. Sánchez Tamame escritas hace más de tres décadas, cuando contaba 86 años y había pasado casi toda su vida de emigrante en la isla de Cuba. En efecto, fue en 1911 cuando este zamorano, del pueblo de Alfaraz de Sayago, partió del puerto de Vigo junto con otros dos paisanos con destino a La Habana. Esta importante recuperación supone la reedición de la obra, inicialmente publicada en el país caribeño, nutrida además con un importante material fotográfico proveniente del archivo del centro, de otras instituciones y también de la familia. El texto cuenta con una presentación a cargo de Juan Andrés Blanco Rodríguez, especialista en el tema, que brinda una semblanza del itinerario de este emigrante que con 17 años convenció a sus padres para que le permitieran partir a labrarse un futuro y regresar a casarse con una joven de familia más acomodada. Como suele ocurrir, si la estrategia era de ascenso, el derrotero fue cambiando con la realidad de la migración. Desde unos comienzos difíciles, el progreso laboral y el inicio de una familia en el nuevo lugar cambió de forma no prevista el objetivo inicial. Se desplegó así una trayectoria laboral, empresaria y familiar donde no faltaron fracasos derivados de las crisis que atravesó la economía o la política de la isla. La intensa participación en la trama asociativa zamorana y castellano-leonesa también signó este itinerario. Ambos, trabajo y vida societaria, aparecen fuertemente marcados por las consecuencias de la revolución cubana. No faltaron tampoco las vinculaciones con el pueblo de origen y la familia que había permanecido en la península.

El relato que sigue a la cuidada anotación de las decisiones tomadas en esta edición, es de lectura ágil y grata. Este testimonio personal surcado, como no podía ser de otro modo, por apreciaciones subjetivas a veces encubiertas otras más expuestas, puede ser leído en múltiples claves. Para el lector interesado en la temática por afinidades personales, ofrece una narración amena y sugerente, que no siempre aparece como la del emigrante exitoso, aunque es cierto que esa línea es la que puede seguirse más fácilmente. Para el especialista en estudios migratorios, constituye una rica fuente donde abreviar en diversas cuestiones. En primer lugar la fuerte presencia de una red de relaciones personales donde destacan los oriundos del pueblo o los pueblos vecinos, pero donde es posible identificar la construcción de nuevas tramas en las que dominan los connacionales. El «otro» aparece bajo la figura de un trabajador «negro», por ejemplo, al que se destaca por una solidaridad que pone en evidencia, entre otros aspectos, la conflictividad que podía atravesar el mundo de las relaciones de parentesco y paisanaje. Estos nuevos vínculos también, como los familiares, cruzan el océano, de manera que décadas más tarde, las amistades forjadas en la isla con los que posteriormente retornaron se recuperan en la península durante los viajes de visita. La emigración aparece así como un camino de múltiples direcciones una vez atravesado el Atlántico –Cuba, Miami, Nueva York, La Coruña, entre otros–, pero también en el país de nacimiento. Así la experiencia migratoria que en Francisco supuso cruzar «el charco», en distintos miembros de su familia –los hermanos, la madre, los tíos y primos– se tradujo en diversos desplazamientos dentro de la península –un pueblo cercano, pero también ciudades como Salamanca o las más distantes Córdoba, Madrid, San Sebastián–. A través de estas memorias es posible identificar las distintas formas de movilidad y recorridos laborales que eran factibles desde un mismo pueblo y una misma parentela. Estrategias que revelan a su vez las diferentes oportunidades existentes en ambos países a lo largo del período.

La vitalidad del asociacionismo español, particularmente zamorano y castellano, es otra de las vertientes de las que da cuenta esta memoria. Dimensiones como la problemática sanitaria, a veces descuidada por la historiografía de las migraciones, a la que buscaban dar respuesta más allá de la sociabilidad y los lazos culturales, aparecen aquí en primer plano. Al punto que es posible visualizar la construcción de un liderazgo en torno a las cuestiones que plantea la atención de la salud de la masa societaria. Esto se observa particular aunque no únicamente en el caso del protagonista, quien fuera varias veces presidente del Centro Castellano de Cuba, que llegó a contar con casi 10.000 socios, como señala Blanco Rodríguez en su presentación. Y esto fue así, gracias a su establecimiento sanitario y a las prestaciones que ofrecía. En torno a ello es posible identificar la formación de partidos, como los denomina el autor, y apreciar los fuertes intereses que los llevaban a contender a través de notables movilizaciones electorales. Una dirigencia cuyos integrantes se insertaban a un tiempo en distintas entidades locales y regionales de origen zamorano o castellano para dar vida a una densa red institucional.

Finalmente, la subjetividad a la que aludimos, quizás la contribución más específica, dadas las características del texto. Enhebrada con la narración es posible detectar una dimensión simbólica, menos tangible, pero de no menor importancia a la hora de comprender «el factor humano» de la emigración. Esto es, los valores que interesaban a Francisco o que éste buscaba transmitir. Así, desde el comienzo y a lo largo del texto, la importancia de la educación formal y, cuando no es posible como en el caso del autor o de sus padres, del autodidactismo del que se ofrecen acabadas muestras. Como no podía ser de otro modo entre las migraciones económicas, el lugar del trabajo y los valores anejos: el sacrificio, el ahorro, la honestidad. Junto a ello el mundo de la familia y la religión como espacio propio de las mujeres —la madre, la esposa—. Y, como motor que da origen al escrito, la importancia de trascender —«dejar constancia»—, que también se subraya en una descendencia que va mucho más allá de la numerosa prole para alcanzar nada menos que a las tres generaciones siguientes. Menos visibles en una primera lectura, también se deslizan aquí los sentimientos —incluida la pasión amorosa que condiciona la permanencia en Cuba—, y las emociones no siempre positivas —el sufrimiento ante las pérdidas, la tentación del suicidio—. Así, pese a la contención esperable en un texto que por la posición de su autor iba a circular en el medio asociativo, el relato permite una aproximación desde la subjetividad que contribuye tanto a los enfoques sociales más frecuentados por los estudios migratorios como a los recientes abordajes de la historia de las emociones.

Por último, el libro se haya enriquecido con un apéndice que incluye cerca de 60 fotografías, además de las numerosas que fueron incorporadas en el texto, un aporte que también resulta atractivo tanto para el lector común como para el estudioso que puede encontrar en estos registros otras tantas pistas sobre las cuestiones mencionadas, sólo algunas de las que es posible considerar en un texto que, más allá del cuidado con que deben tratarse este tipo de testimonios, se abre como un abanico para abordar la polifacética y siempre vigente experiencia de la migración.

*María Lilitiana Da Orden*  
Universidad Nacional de Mar del Plata.